

—

Fragmentos

Literatura española:
historia y crítica

Adolfo Sotelo Vázquez

—



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Adolfo Sotelo Vázquez





Fragmentos

Literatura española:
historia y crítica

Adolfo Sotelo Vázquez



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Edicions

TESTIMONIA 7

La vida es ciervo herido
Que las flechas le dan alas.

LUIS DE GÓNGORA, 1602

Índice

A quien leyere	11
La historia literaria y los nuevos horizontes	15
En torno al pensamiento de Giner de los Ríos y Menéndez Pelayo	29
Ana Ozores, de Rossini a Bellini	65
Emilia Pardo Bazán, historiadora de la crítica literaria francesa del siglo XIX	75
La sombra de Miguel de Unamuno	93
Américo Castro y la generación del 14	131
Los aprendizajes intelectuales de Pedro Salinas	173
Perfil poético de Federico García Lorca	205
Antonio Vilanova: de la misión del crítico y de la crítica	235
«No sé hablar si no veo unos ojos que me miran»: en torno a la narrativa de Carmen Martín Gaité	249
El momento español de Éditions Gallimard (París, 1956-1960)	273
<i>Nueva York amarga</i> (1966): un proyecto de Camilo José Cela, Carles Fontserè y Jaume Pla	281
Anexo	302

A quien leyere

En *Fragmentos* he agrupado doce estudios, de desigual calado y extensión, que he escrito entre 1985 y 2022. Son piezas anclares de mis investigaciones de más relieve: Juan Valera, Benito Pérez Galdós, Leopoldo Alas, Miguel de Unamuno, Ramón del Valle-Inclán, Pío Baroja, Azorín, Gabriel Miró, Juan Ramón Jiménez, Camilo José Cela y, sobre todo, las relaciones culturales entre Cataluña y España, y entre las literaturas francesa y española en la segunda mitad del siglo XIX. En la selección me ha guiado el poder mostrar un abanico de diferentes direcciones de estudio que caben en una historia de la literatura española, singularmente abierta a la literatura comparada. Se publican siguiendo el orden cronológico de las letras españolas desde 1868 hasta finales del siglo pasado, indicando entre corchetes, al final de cada artículo, la fecha de su escritura. He mantenido el texto y las notas de su redacción primera, salvo en el caso de «Perfil poético de Federico García Lorca», conferencia que dicté en la Universidad de Santiago de Compostela con motivo de la clausura de los cursos de verano en el año santo de 1999, y de la que extravié las notas, que ahora van con referencias de algunos libros de publicación posterior a dicha fecha.

Al margen del primer capítulo —una mínima reflexión teórica— el abanico de *Fragmentos* ofrece dos estudios acerca de literatura y pensamiento: «En torno al pensamiento de Giner de los Ríos y Menéndez Pelayo» y «Américo Castro y la Generación del 14»; en ambos se advertirá mi voluntad de ser discípulo de los tres grandes maestros, si bien son don

Francisco y don Américo quienes me siguen guiando no solo en mi aventura universitaria sino también civil y política.

Parte de ese abanico lo conforman trabajos sobre los aprendizajes de los escritores y el océano de las influencias. Soy un devoto del magistral libro de Colette Becker, *Les apprentis-sages de Zola* (1993) y ello es evidente en «Los aprendizajes intelectuales de Pedro Salinas». Por otra parte, quizás el estudio más complejo de los aquí reunidos sea «La sombra de Miguel de Unamuno», que, cercenado, solo atiende a Juan Ramón Jiménez.

Aprendí de mi maestro, Antonio Vilanova, que la crítica literaria es imprescindible para una verdadera historia de la literatura, y a sus quehaceres, junto con los impagables de Emilia Pardo Bazán y las labores de Maurice Edgar Coadrean, profesor de Princeton University y asesor ejecutivo de Ediciones Gallimard, he dedicado unos capítulos de *Fragmentos*.

Mi conocimiento del universo de Camilo José Cela requería que estuviese representado, pero no por la vía de lo tradicionalmente canónico, a lo que he dedicado cientos de páginas. He elegido un fragmento de las relaciones de su obra literaria con otras series artísticas; en este caso, con las extraordinarias fotografías de Nueva York que Carles Fontserè le proporcionó para un proyecto nonato, *Nueva York amarga* (1966).

Por último, en el análisis e interpretación de las obras literarias ofrezco unas páginas dedicadas a *La Regenta* (con el latente magisterio de Gonzalo Sobejano), el perfil que creo anuda la obra de García Lorca y un emocionado diálogo con la obra creativa y crítica, no solo entendida como espejo sino como foco, de Carmen Martín Gaité.

Los doce fragmentos del presente libro buscan y quieren ofrecer toda la resistencia posible a lo que en el último libro

del intelectual francés Alain Finkielkraut, *L'après littérature* (2021), se denuncia: «Hemos entrado en la edad de la posliteratura. El tiempo en que la visión literaria del mundo tenía un lugar en el mundo parece estar cumplido para siempre».

Barcelona, 27 de septiembre de 2023

La historia literaria y los nuevos horizontes

Nuestra patria filológica es la tierra; la nación ya no puede continuar siéndolo. Sin duda, lo más precioso e indispensable que ha heredado el filólogo es todavía hoy la lengua y la cultura de su nación; pero tan sólo en la separación y en la superación se torna efectiva. Hemos de volver en circunstancias que ya no son las que eran, a lo que la cultura prenatal de la Edad Media ya sabía: que el espíritu no es nacional.

ERICH AUERBACH, «Filología de la Weltliteratur», 1952

¿Cuándo dejaremos de permitirnos creer que el humanismo es una forma de petulancia y no una inquietante aventura que consiste en descifrar de nuevo las diferencias, las tradiciones alternativas y los textos en un contexto mucho más amplio de aquel en el que hasta ahora se les ha dotado?

EDWARD W. SAID, *Humanismo y crítica democrática*, 2000

I

Quisiera empezar reconociendo que las palabras que siguen apuntan a favor de la historia literaria sin renegar del historicismo, y afirmar que este eje de abscisas junto con el eje de ordenadas, la negación del trinomio inviolable lengua-nación-literatura, puede ser un enclave para rehacer la historia literaria, por ser parte irrenunciable del humanismo. Puede ser el punto de inflexión para reconocer, en los textos literarios y en su historicidad, un umbral de otros mundos y un camino de diálogo con otras culturas, al mismo tiempo que

un encuentro entre la tradición y la originalidad, o una anfibia, fragmentaria y penetrante manera de enlazar las realidades prácticas y las dimensiones simbólicas que anidan en ellas.

II

Tengo el convencimiento de la radical historicidad de la literatura, así como de que la interpretación y la mirada histórica son dos herramientas indispensables para determinar la naturaleza de lo literario, que desde luego no está exclusivamente en la forma intrínseca del mensaje verbal.

La extraña paradoja en la que nos encontramos es la siguiente: la historia literaria, cuyo aislamiento deviene de la historia de las literaturas nacionales, y cuya utilidad querían socavar mil y una lecturas (psicoanalítica, formalista, existencialista, etc.) de los textos literarios, se constituye en una posibilidad fértil, en la medida en que sea capaz de integrar aportaciones metodológicas de la teoría, la crítica y la literatura comparada, y de perfilar sus objetivos específicos, es decir, el análisis de las mutaciones, de las estructuras, de los sistemas literarios y de los horizontes de expectativas por parte de lectores y críticos, para el conocimiento histórico de las culturas.

Dejando a un lado sus objetivos específicos —bien delimitados por Claudio Guillén («Sobre el objeto del cambio literario», 1989)—, la historia resulta inseparable de la crítica, porque mientras una debe reconocer la temporalidad de la obra de arte —y así lo hacía el gran Amado Alonso en su estupenda «Carta a Alfonso Reyes sobre la estilística» (1969: 83-84)—, la otra debe participar de los diversos enfoques metodológicos que van constituyendo el *archilector* de los textos

(entiéndase el término en el sentido propuesto por Michael Riffaterre: «El archilector es una suma de lecturas, y no una media. Es ni más ni menos que un instrumento para poner de relieve los estímulos del texto» [1976: 57]). Historia de la literatura inseparable de la teoría, porque, como recordaba Leo Spitzer, citando unas palabras de Erich Auerbach: «Federico Schlegel, el crítico moderno más grande de todos, [...] dijo que la mejor teoría del arte es su propia historia y que la lectura con la sola ayuda de la filosofía resulta imposible, así como también es imposible la lectura de la poesía sin la filología» (1980: 52). Vínculos entre poética (teoría) e historia que uno de los más brillantes y exigentes teóricos de finales del siglo xx se encargaba de solicitar de toda investigación rigurosa. Gérard Genette, que parte, naturalmente, del análisis formal, escribe:

en determinado punto del análisis formal se impone el paso a la diacronía y que el rechazo de dicha diacronía, o su interpretación en términos no históricos, perjudica a la propia teoría (1989: 20).

Historia de la literatura inseparable de la literatura comparada, que consiste —cito a Darío Villanueva en gallego— «na comparación dunha literatura con outra ou outras literaturas, na comparación da mesma con outras esferas da creatividade humana» (2007: 65). En el amplio dominio de las intertextualidades y de la *interhistoricidad* —tomo el término de Claudio Guillén (1989: 283)—, están a menudo las claves para la recta interpretación de un texto y para su polifonía con los textos contiguos o los situados en la tradición.

La historia de la literatura no solo como provocación de la ciencia literaria —según el célebre marbete de Hans R. Jauss

(1976)—, sino también como paradigma flexible donde instalar un conocimiento que no renuncia al historicismo, a la temporalidad y a los valores de verdad y belleza que toda obra dotada de suficiencia estética posee. Historia de la literatura que haga posible en su marco el quehacer filológico, entendido al modo que el joven Américo Castro —buen discípulo de Giner de los Ríos y los hombres de la Institución Libre de Enseñanza, excelente aprendiz de Menéndez Pidal y mejor lector de Karl Vossler— quería:

La filología es una ciencia esencialmente histórica; su problema consiste en prestar el mayor sentido que sea dable a los monumentos escritos, reconstruyendo los estados de civilización que yacen inertes en las páginas de los textos. Para el filólogo, aquéllos son una base sobre la cual ha de reconstruir sistemática, es decir, científicamente, en primer lugar, la lengua, considerada en lo que tiene de realidad física, o sea, los sonidos; luego la forma y la estructura de ese lenguaje, todo ello considerado como un momento en la evolución del idioma adscrito a cierto territorio. Mas no se detiene ahí el filólogo, pues aunque el estudio gramatical tenga plena sustantividad, cada vez se tiende más a considerar el lenguaje en su indisoluble unión con el mundo psíquico que le da vida; además del sonido, de la forma y de la estructura de las palabras, éstas son representaciones de conceptos, de emociones, de sentimientos; y así hoy no se estudian las palabras sino unidas a la cosa real que representen, a cualquier orden que pertenezca esta realidad. Considerada de esa suerte, la filología invade la historia de la civilización en cuanto ésta se refleje especialmente en el lenguaje; pero esa amplitud, que convierte en infinito el problema de la filología, como el de todas las ciencias, halla una limitación y una prenda de exactitud en el estudio concreto del lenguaje, que le sirve de punto de partida. Representando, pues,

los textos el único material sobre el que podemos aplicar nuestros supuestos científicos para reconstruir una parte del pasado, es evidente que no puede entregarse su tratamiento a la incuria o al diletantismo (1924: 176-178).

Historia de la literatura que patentice la vigencia del pasado en el presente, y esta última solo se entiende como tal si es viva y operativa, porque no olvidemos —T. S. Eliot *dixit*— que la literatura empieza «from Homer». E historia de la literatura que revele desde el presente, el pasado; desde Zola, Balzac; desde Antonio Machado, Campoamor; desde Juan Ramón, Bécquer; desde Borges, Montaigne; desde J. A. Valente, san Juan de la Cruz.

III

Sin duda, René Wellek ha descrito muy bien la reacción contra el positivismo en la investigación literaria europea, mas temo que su juicio sobre las innovaciones en el enfoque de los estudios de historia de la literatura es excesivo:

La nueva historia literaria promete solamente un regreso a la vieja: la historia de la tradición, los géneros, los nombres famosos, etc., entendida de manera menos atomística de lo que ha sido en otros tiempos, con mayor conocimiento de las dificultades de conceptos tales como influencia y períodos, pero, con todo, vieja (1983: 259).

La metodología y los propósitos de la investigación literaria en el campo de la historia han variado sustancialmente, y son un camino eficaz y correcto para los estudios filológicos. El historicismo, al contrario de lo que cree Wellek (1983: 193),

no siempre fue falso y pernicioso. En primer lugar, ni la metodología de Karl Vossler ni la de Spitzer, ejemplos señeros del idealismo lingüístico, suponen la renuncia a la historia, porque sería inadecuado entender así esa nueva historia de la cultura que conforman en una inextricable relación lengua y literatura, según el texto de la *Filosofía del lenguaje* —que habían traducido antes de la guerra civil Amado Alonso y Raimundo Lida—, y también es oportuno valorar el método spitzeriano como ajeno a la historia.

En segundo lugar, la tarea de uno de los mayores romanistas del siglo xx, Erich Auerbach, es una constante defensa del horizonte histórico en la investigación literaria. En el prólogo a *Lenguaje literario y público en la Baja Latinidad y en la Edad Media*, escrito poco antes de su muerte en 1957 y en el que están presentes las objeciones que René Wellek le había formulado a propósito de *Mimesis*, Auerbach hace una defensa apasionante y rigurosa del historicismo desde su nacimiento al compás del *Sturm und Drang*, el Romanticismo y el espíritu del pueblo: «el historicismo me parece el descubrimiento copernicano de las ciencias del espíritu» (1969: 14). Destruyendo los valores absolutos y dogmáticos del neoclasicismo, el perspectivismo histórico es un hecho tan natural y necesario en la investigación literaria que Auerbach, al delinearlos, no ignora las sombras de su empleo inadecuado:

Muchos creen que el historicismo conduce al trabajo minucioso del anticuario, a la sobrevaloración de los motivos biográficos, al desconocimiento de la obra de arte, al eclecticismo por falta de categorías de juicio, y que, al hacerlo, se olvida, sin embargo, que, aun cuando el gran historicismo —viquiano, herderiano, romántico o hegeliano— inspiró la especialización filológica, no se identifica con ella. Si bien